

El enemigo en *Del arte de la guerra*: ¿quién es el enemigo de las milicias maquiavelianas?

Hugo Tavera Villegas¹

Recepción: 10-08-2023 / Aceptación: 27-10-2023

Resumen. En este ensayo propongo una aproximación al contenido de *Del arte de la guerra* de Maquiavelo desde la pregunta por el enemigo: ¿quién es el enemigo en *Del arte de la guerra*? ¿Quién es el adversario del ejército que Maquiavelo busca organizar en el libro? Dentro de la literatura secundaria sobre el florentino identifiqué tres tipos de respuesta a esta pregunta, lo que llamo aquí tres diferentes manifestaciones del enemigo. Según estas lecturas, el enemigo de la milicia maquiaveliana es a) el cristianismo, el modo de vida instituido por esta religión; b) lo imprevisible, los accidentes cuya ocurrencia no se puede anticipar, es decir, la *fortuna*, y c) los grandes, cuyo deseo es el de dominar al pueblo.

Palabras clave: Maquiavelo; enemigo; arte de la guerra; cristianismo, *fortuna*, populismo.

[en] The enemy in *Art of war*: who is the enemy of the Machiavellian militias?

Abstract. In this essay I propose an approach to the content of Machiavelli's *The art of war* throughout the question of the enemy: Who is the enemy in *The art of war*? Who is the adversary of the army that Machiavelli seeks to organize in the book? I identify within the secondary literature on the Florentine three types of response to this question, what I call here three different manifestations of the enemy. According to these readings, the enemy of the Machiavellian militia is a) Christianity, the way of life instituted by this religion; b) the unpredictable, the accidents whose occurrence cannot be anticipated, that is, *fortuna*, and c) the greats, whose desire is to dominate the people.

Keywords: Machiavelli; Enemy; Art of War; Christianity; *Fortuna*; Populism.

Sumario. Introducción. El “arte de la guerra” y la cuestión del enemigo. Las milicias maquiavelianas y el cristianismo. Las milicias maquiavelianas y la *fortuna*. Las milicias maquiavelianas contra los *grandi*. Conclusiones. Bibliografía.

Cómo citar: Tavera Villegas, H. (2023). El enemigo en *Del arte de la guerra*: ¿quién es el enemigo de las milicias maquiavelianas? *Res Pública. Revista de Historia de las Ideas Políticas* 26(3), 169-178.

Introducción

La guerra, la organización militar y su relación con la política es un tópico recurrente en los escritos políticos de Maquiavelo. “Los principales fundamentos que pueden tener los estados”, escribió célebramente en *El Príncipe*, “son las buenas leyes y las buenas armas”². Un príncipe, llegó incluso a escribir, “no debe tener otro objetivo, ni otra preocupación, ni considerar cosa alguna como responsabilidad personal, excepto la guerra y su organización”³. Es el dominio de este arte lo que de hecho permite a algunos pasar de “privados” a príncipes: “no sólo [el arte de la guerra] mantiene en su lugar a quienes

han nacido príncipes, sino que muchas veces eleva a este rango a simples ciudadanos”⁴. En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (en adelante, *Discursos*), la cuestión de la guerra y el modo de organizar al ejército son también ubicados desde el comienzo en el centro de la reflexión⁶. En el Proemio al primer libro, Maquiavelo se lamenta de que sus contemporáneos no busquen imitar a los antiguos en esta materia. Mientras que es común que se recurra a los antiguos en áreas como el arte, la medicina y el derecho, cuando se trata “de organizar el ejército y llevar a cabo la guerra, [...] no se encuentra príncipe ni república que recurra a los ejemplos de los antiguos”⁶.

¹ Escuela de Ciencias Sociales y Gobierno, Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey, hugo.tavera@tec.mx

² N. Maquiavelo, *El Príncipe* (trad. H. Puigdomenech), Madrid, Tecnos, 2001, 12, p. 47. Todas las citas a *El Príncipe* incluyen referencia al capítulo antes del número de página.

³ *Ibidem*, 14, p. 58.

⁴ *Idem*. El pasaje continúa así: “al contrario, podemos ver que cuando los príncipes han pensado más en los refinamientos que en las armas, han perdido su estado”.

⁵ *Ibidem*, I, P, p. 28.

⁶ N. Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (trad. A. Martínez), Madrid, Alianza, 2012. Todas las citas de los Discursos incluyen el libro y el número de capítulo antes del número de página.

Dado lo anterior, resulta sorprendente la escasa atención dada por los intérpretes del florentino a su libro dedicado en exclusivo a las cuestiones militares, *Dell'arte della guerra*, publicado en 1521, hace casi exactamente 500 años⁷. Diferentes razones pueden aducirse para explicar dicha falta de atención⁸. Una puede serlo el carácter, a primera vista, excesiva o exclusivamente técnico del libro. A diferencia de sus escritos políticos, en *Del arte de la guerra* la atención del florentino estaría puesta por completo en el detalle técnico, en las cuestiones meramente tácticas y no en las relaciones más generales entre la organización militar y el orden político de la ciudad. Otra explicación para esta falta de interés podría ser el carácter aparentemente poco maquiavélico del libro. A diferencia de *El Príncipe* y los *Discursos*, abundantes en pasajes en los que el florentino desestabiliza las convenciones morales de su tiempo, en *Dell'arte della guerra* Maquiavelo parece convertirse en un escritor mucho más moderado, incluso alineado con el discurso humanista de la época, tanto en los aspectos formales como en las cuestiones de fondo.

Otros podrían llegar a considerar las opiniones de Maquiavelo sobre la organización militar no como producto de una reflexión sistemática sobre los asuntos de la guerra sino más bien como expresiones catárticas, incluso fantasiosas, de una personalidad impotente, de un verdadero “profeta desarmado”. Las incursiones intelectuales del florentino en torno a las milicias y los órdenes militares de los antiguos, por lo tanto, no deberían ser tomadas seriamente ya que lejos de ser congruentes con el resto de su pensamiento serían el reflejo de la impotencia resentida de un hombre de acción expulsado de la actividad política. Los cinco siglos que se cumplen desde la publicación de *Del arte de la guerra*, el único de sus escritos no literarios que fuera publicado en vida, constituye una perfecta ocasión para volver sobre el contenido de este libro. No ofrezco aquí, en todo caso, una interpretación general o sistemática del diálogo. El propósito de este ensayo es más modesto y gira en torno a una pregunta que considero fundamental: ¿quién es el enemigo en *Del arte de la guerra*? Para Maquiavelo, ¿a quién hay que combatir -o de quién hay que defenderse? Ciertamente, ningún arte de la guerra se elabora con el propósito específico de enfrentar a un enemigo concreto. En este sentido, no propongo en este ensayo que Maquiavelo haya concebido su diálogo sobre la guerra con el propósito explícito de singularizar un enemigo al que sus ejércitos habrían de combatir⁹.

Lo que sugiero es que, aunque no haya sido una interrogante que fuera planteada de modo explícito por Maquiavelo, la pregunta por el enemigo permite estructurar una aproximación sistemática al contenido del libro, así como a la literatura secundaria sobre el mismo. Esta perspectiva permite, además, poner en relación su escrito sobre cuestiones militares con su proyecto político y filosófico general. En este sentido, considero que preguntarse por la identidad del enemigo en *Del arte de la guerra* es similar a preguntarse por la identidad de los “bárbaros” de la Exhortación final de *El Príncipe*, a saber, ¿quiénes son los *barbaris* a los que hay que combatir militarmente?

Dado el contexto político y militar en el que Maquiavelo produjo su obra, se ha asumido demasiado rápidamente que los enemigos de las milicias que buscaba organizar el secretario florentino eran los ejércitos extranjeros que tenían “vencida, expoliada, desgarrada”¹⁰ a Italia. Tal vez es por ello también que, respecto a *Dell'arte della guerra*, la atención ha sido dirigida principalmente, sobre todo desde la publicación de *El momento maquiavélico* de John Pocock, hacia el problema de la transformación de los ciudadanos (y súbditos) en soldados, y con ello hacia la cuestión de la compatibilidad entre la virtud cívica o ciudadana y la virtud militar¹¹. Aquí considero que esta respuesta a la pregunta acerca del enemigo, si bien correcta desde una perspectiva estrictamente contextual, deja de lado aspectos del proyecto teórico y militar de Maquiavelo que resultan de relevancia para la interpretación de su obra.

Por otro lado, de formas más o menos explícitas, esta es una cuestión que ha sido planteada por algunos intérpretes del florentino. En este artículo sostengo que resulta posible identificar en diferentes interpretaciones del libro formas diversas de aparición del enemigo, lo que aquí llamo manifestaciones del enemigo. A través de diferentes lecturas de *Del arte de la guerra*, en este artículo expongo tres de estas diferentes manifestaciones del enemigo, las que considero las más relevantes dentro de la literatura secundaria. De este modo, en las siguientes secciones de este ensayo examinaré tres tipos de respuesta a la pregunta por el enemigo en *Del arte de la guerra*. Primeramente, la que es ofrecida por Leo Strauss y, más recientemente, por Christopher Lynch, para quienes el enemigo del ejército maquiaveliano no es otro que el cristianismo y los “órdenes antiguos”, sobre cuyas ruinas Maquiavelo pretende fundar sus *nuovi ordini*. En la sección siguiente discuto las lecturas de Hanna Pitkin y Barbara Spackman que, más allá de sus evidentes diferencias, argumentan que el enemigo al que hay que enfrentar es la *fortuna*, lo imprevisible en los asuntos humanos. Finalmente, en la última sección considero las interpretaciones de Timoty Lukes, Filip-

⁷ N. Maquiavelo, *Del arte de la guerra* (trad. F. Puell), Madrid, Minerva/Biblioteca Nueva, 2009. Todas las citas de este texto incluyen referencia al libro antes del número de página.

⁸ Hay excepciones notables a esta falta de atención. Véase el dossier de la revista Las Torres de Lucca dedicado a *Del arte de la guerra*, preparado precisamente en conmemoración por los 500 años de su publicación: “La guerra entre política, ética y arte militar en Maquiavelo”, Las Torres de Lucca, 11, 2, 2022, pp. 219-322.

⁹ Enfatizo sus ejércitos para distinguirlos de los de la Florencia de su tiempo. En este artículo considero que las milicias que Maquiavelo se propone organizar en *Del arte de la guerra*, y en lugares como *El Príncipe*, deben ser distinguidas analíticamente de la organización militar de Florencia, incluso de la que él mismo propuso en su etapa como funcionario. Asimismo, algo que debiera quedar claro a partir de las distintas interpretaciones del libro que discuto más adelante es que los enemigos de las milicias que Maquiavelo busca constituir

a través de sus escritos no coinciden necesariamente con los enemigos militares de Florencia. Una hipótesis de este escrito es que el proyecto filosófico de Maquiavelo, si bien obviamente condicionado por la situación política y militar de Florencia, excede este contexto particular – o por lo menos puede ser leído de esta forma. Agradezco a uno de los revisores por empujarme a aclarar este punto.

¹⁰ N. Maquiavelo, *El Príncipe*, op. cit., 26, p. 107.

¹¹ J. Pocock, *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Tecnos, Madrid, 2002.

po Del Lucchese e Yves Winter, que ponen el énfasis en los elementos antielitistas del pensamiento militar de Maquiavelo. Para estos autores, el enemigo en *Del arte de la guerra* no es necesariamente un enemigo exterior sino doméstico, a saber, los *grandi*¹². Pero antes de mostrar estas diferentes posiciones, debe mostrarse que el problema del enemigo en *Del arte de la guerra* es un problema teóricamente relevante.

El “arte de la guerra” y la cuestión del enemigo

Al comienzo del libro, Fabrizio enuncia a sus jóvenes interlocutores los temas principales que habrá de tratar a lo largo de la discusión. El objetivo principal de quien inicia una guerra, indica Fabrizio, “es poder librar una batalla decisiva contra su enemigo, una que le proporcione la victoria”¹³. Para conseguirlo, se necesita primeramente disponer de un ejército, y para organizarlo “es imprescindible reclutar hombres, armarlos, encuadrarlos, instruirlos individualmente, adiestrarlos colectivamente, acuartelarlos y enfrenarlos con el enemigo, ofensiva y defensivamente”¹⁴. En este ensayo me concentro en este último aspecto del arte de la guerra, el del enfrentamiento con el enemigo. Mejor dicho, en algo que es en verdad el paso previo: la identificación del enemigo. Por lo tanto, a menos que sean relevantes para dicha identificación, no me interesaré en la discusión sobre las formaciones y movimientos de ataque (o de defensa), ni en las cuestiones relacionadas con la instrucción o el acuartelamiento.

Planteado el problema de esta forma, éste adquiere un marcado carácter socrático. Recordemos que en *Re-pública* Polemarco, uno de los principales interlocutores de Sócrates, vincula a la política con la guerra cuando define la justicia como hacer bien a los amigos y daño a los enemigos¹⁵. A esta afirmación por parte de Polemarco, sin embargo, Sócrates responde señalando la posibilidad de confundir al amigo con el enemigo. Hacer el bien a los amigos y el daño a los enemigos, sostiene Sócrates, exige un tipo especial de conocimiento, aquél

que permite distinguir la realidad de las meras apariencias. Maquiavelo, ciertamente, no plantea nunca la pregunta sobre el enemigo en estos términos. En ninguna parte del libro el florentino ofrece una reflexión sistemática sobre la identificación del enemigo, o acerca de la posibilidad de confundir a los amigos con los enemigos.

No obstante, hay por lo menos dos lugares dentro del diálogo en los que esta cuestión es sugerida. La primera ocurre muy al comienzo del libro, en el contexto de las observaciones de Fabrizio sobre las armas mercenarias. Maquiavelo, como es sabido, pone en boca de éste su conocida hostilidad hacia los ejércitos mercenarios¹⁶. Interesantemente, una de las mayores críticas que Fabrizio realiza de los ejércitos mercenarios es, precisamente, que no distinguen entre amigos y enemigos. Su tendencia a acaparar riquezas para sostenerse en ausencia de conflictos, dice, “les incita a robar, violentar y asesinar indistintamente a amigos y enemigos”¹⁷. El otro lugar en donde es tematizada la necesidad de distinguir al enemigo, donde se lo hace además de manera mucho más clara, ocurre ya avanzado el diálogo, en el libro quinto. Tras haber abordado extensamente las cuestiones relacionadas con los órdenes de combate, Fabrizio hace referencia a las operaciones y procedimientos necesarios en el caso de que el enemigo se encuentre fuera de vista: “ahora me parece que ha llegado el momento de mostrarles cómo se ordena un ejército contra ese enemigo que nadie ve”¹⁸. Esta observación está lejos de ser algo trivial. De entrada, los modos de prepararse para combatir a un enemigo que “nadie ve” no pueden ser los mismos que para enfrentar a un enemigo visible, un enemigo que se encuentra dentro del campo de visión. Por otro lado, la invisibilidad del enemigo puede leerse como sugiriendo la posibilidad de que éste sea algo distinto de un ejército convencional. Que el enemigo no se vea porque no exista como ejército adversario dentro de un campo de batalla sino en otra forma, tal vez incluso como algo intangible. De hecho, como mostraré a continuación, la distinción aquí sugerida entre ejércitos visibles y ejércitos invisibles (“ese enemigo que nadie ve”) será de suma relevancia para las interpretaciones del libro.

Las milicias maquiavelianas y el cristianismo

Puede resultar extraño comenzar nuestra discusión con Leo Strauss ya que, a diferencia de discípulos suyos como Harvey Mansfield, prácticamente no dedica espacio en sus escritos a *Del arte de la guerra*. De hecho, al comienzo de *Thoughts on Machiavelli*, Strauss sostiene explícitamente que Maquiavelo presentó su pensamiento político, igual que lo hiciera Platón, en tan solo dos libros —*El Príncipe* y los *Discursos*—, dejando al diálogo sobre el “arte” militar fuera de sus reflexiones sobre la

¹² Más allá de sus diferencias, estas interpretaciones muestran que para Maquiavelo el enemigo no tiene porque tener la forma de una entidad política autónoma. Al respecto, podría sostenerse que resulta ilegítimo, sobre todo dentro de un discurso sobre cuestiones militares, extender la categoría de enemigo hacia entidades no políticas como el cristianismo o la fortuna, o extenderla hacia grupos que forman parte de la propia comunidad política. El “nemico” de un ejército, puede objetarse, no puede manifestarse en formas que no correspondan a comunidades políticas autónomas. Respondo a esta objeción señalando que el proyecto militar del florentino no puede escindirse, sin pérdidas, de su proyecto filosófico general. Proyecto que se propone como objetivo principal el establecimiento de “nuevos modos y órdenes” y, en este sentido, como “combatiendo” a los antiguos órdenes a los que busca derrocar. Cuando *Del arte de la guerra* es interpretado al interior de este proyecto intelectual, bien puede argumentarse que el enemigo a combatir puede adquirir formas diversas, puede incluso tratarse de una forma de vida, como el Cristianismo. Agradezco a uno de los revisores por empujarme a aclarar este punto.

¹³ N. Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, op. cit., I, p. 117.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ “Si es necesario ser consecuente con lo dicho antes, Sócrates, diremos que [la justicia] dará beneficios a los amigos y perjuicios a los enemigos” (332d). Platón, *La república*, Madrid, Alianza, 2022, p. 75.

¹⁶ Que esta crítica haya sido puesta en boca de un conocido condottiero italiano, Fabrizio Colonna, es algo que recibe tratamiento en M. Colish, “Machiavelli’s Art of War: A reconsideration”, *Renaissance Quarterly*, 51, 4, 1998, pp. 1151-1168.

¹⁷ N. Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, op. cit., I, p. 108.

¹⁸ *Ibidem*, V, p. 223.

enseñanza e intención de Maquiavelo¹⁹. En este libro, además, las referencias a *Del arte de la guerra* son más bien escasas y la mayoría de las veces secundarias. No obstante, tal vez de manera más enfática que cualquier otro de sus intérpretes, Strauss lee la obra política de Maquiavelo como una especie de guerra, una guerra que es declarada en nombre de lo que el florentino denomina “nuevos modos y órdenes” (*nuovi ordini e modi*) y que, en este sentido, no se lleva adelante en contra de un enemigo exterior plenamente identificable o siquiera visible.

Maquiavelo, argumenta Strauss, comienza una guerra contra el orden establecido, contra la tradición y los órdenes antiguos. En tanto “amigo y padre de los nuevos modos y órdenes”, escribe Strauss, Maquiavelo es “necesariamente enemigo de los modos y órdenes antiguos”²⁰. El florentino es así el iniciador de una guerra, librada en un territorio descubierto por él, en contra de un nuevo enemigo, a saber, el cristianismo y el orden ético y político fundado por éste²¹.

Si se acepta esta hipótesis, todo lo que Maquiavelo escribe acerca de estrategias y tácticas en el combate ordinario deben ser leídas como aplicables a sus propias estrategias en contra del orden cristiano, culpable de haber “desarmado el cielo”. Del mismo modo, sus reflexiones sobre las acciones y prudencia de un capitán deberán interpretarse como referidas a su propio estatus como capitán de una nueva milicia, aún por organizar. Un ejército que debe además estar listo para enfrentarse al enemigo más temible que pueda existir: el Dios bíblico. En línea con todo lo anterior, Strauss dirige nuestra atención hacia los últimos capítulos de los *Discursos*, en donde Maquiavelo se refiere a la prudencia de un capitán cuyo ejército debe enfrentarse con un “enemigo nuevo y de gran reputación”²².

Al respecto, Maquiavelo recomienda imitar al general romano Mario, quien antes de combatir a los cimbras, un pueblo “ferocísimo” que producía un “gran espanto por su multitud y su ferocidad”, hizo ubicar a sus soldados de modo que pudieran ver al enemigo y acostumbrarse así a su aspecto: “y como vieron a una multitud desordenada, cargada de equipaje, con armas inútiles e incluso desarmada en parte, sintieron crecer su confianza y estuvieron deseosos de entrar en combate”²³. Strauss sostiene que el modo en que este enemigo es

visto por el ejército de Mario es como Maquiavelo observa, pero sobre todo quiere que sus lectores hagan, a los órdenes contra los cuales los prepara para enfrentarse. Esto es, como “proclives a escindir en muchas escuelas o facciones beligerantes, como sobrecargados con innumerables textos, tratados y discursos, y como jactándose de muchas pruebas y evidencias que no eran tales”²⁴.

La corrupción del orden cristiano entregaba así a Maquiavelo una ventaja táctica, pero para aprovecharla debía él mismo saber imitar a Mario. Debía lograr hacer que sus contemporáneos pudiesen ver al “enemigo”, para que “depusiesen el temor y el miedo que les daba”²⁵. En la medida en que los nuevos modos y órdenes propuestos por Maquiavelo son contrarios al cristianismo o poscristianos, su guerra puede ser descrita, tomando prestado el lenguaje de esta religión, como “la guerra del Anti-Cristo, o del Diablo que recluta a su ejército mientras lucha, o a través de la lucha, contra el ejército dirigido por Dios o Cristo”²⁶. La posibilidad de imitar a los romanos en el mundo moderno y refundar una forma de vida política solo era posible para Maquiavelo, según Strauss, a través de la victoria intelectual y espiritual contra la “secta” cristiana.

Evidentemente, el filósofo alemán no se refiere a una guerra o a un enfrentamiento abierto entre ejércitos reales. La guerra que libra el florentino en contra del cristianismo y de la tradición es una guerra intelectual o, como prefiere describirla el propio Strauss, una guerra espiritual. En este sentido, Maquiavelo sería, al igual que Savonarola o que el propio Jesús, un profeta sin ejército, es decir, un “profeta desarmado”. Ciertamente, Maquiavelo escribe en *El Príncipe* que todos los profetas “desarmados fracasan”²⁷. Esta afirmación, sin embargo, no debe leerse demasiado literalmente. Y es que, afirma Strauss, el florentino no podía desconocer que el cristianismo conquistó al imperio romano estando desarmado, sin apelar al uso de la fuerza, simplemente propagando pacíficamente sus nuevos modos y órdenes. De hecho, la esperanza de Maquiavelo en el éxito de su empresa se funda enteramente en el éxito del cristianismo. “Así como el cristianismo derrotó al paganismo solo con la propaganda, él [Maquiavelo] creía que podía derrotar al cristianismo utilizando el mismo recurso”²⁸. Para ello es que escribe sus libros, para “reclutar a su ejército propio. Solo puede reclutarlo por medio de ellos”²⁹. Es también a través de sus libros como Maquiavelo busca producir la confianza que toda milicia debe tener acerca de la prudencia de su capitán.

En un artículo sugerente, Christopher Lynch arriba a conclusiones similares a las de Strauss. Al igual que para el filósofo alemán, para Lynch Maquiavelo pretende organizar un ejército (en el discurso) para combatir no a un enemigo exterior y visible sino a una forma de vida, el

¹⁹ L. Strauss, *Thoughts on Machiavelli*, Chicago, University of Chicago Press, 1978.

²⁰ *Ibidem*, p. 35.

²¹ En los *Discursos*, como es bien sabido, Maquiavelo culpa al cristianismo por la debilidad de las repúblicas modernas, así como por la carencia de repúblicas “amantes de la libertad”. El modo de vivir instaurado por la religión cristiana “ha debilitado al mundo” y “desarmado el cielo”: “Pensando de dónde puede provenir el que en aquella época los hombres fueran más amantes de la libertad que en ésta, creo que procede de la misma causa por la que los hombres actuales son menos fuertes, o sea, de la diferencia entre nuestra educación y la de los antiguos, que está fundada en la diversidad de ambas religiones. Pues como nuestra religión muestra la verdad y el camino verdadero, esto hace estimar menos los honores mundanos, mientras que los antiguos, estimándolos mucho y teniéndolos por el sumo bien, eran más arrojados en sus actos”. N. Maquiavelo, *Discursos*, op. cit., II, 2, p. 198.

²² *Ibidem*, III, 37, p. 424.

²³ *Ibidem*, III, 37, p. 426.

²⁴ L. Strauss, op. cit., p. 154.

²⁵ N. Maquiavelo, *Discursos*, op. cit., III, 37, p. 426.

²⁶ L. Strauss, op. cit., p. 171.

²⁷ N. Maquiavelo, *El Príncipe*, op. cit., 6, p. 24.

²⁸ L. Strauss, op. cit., p. 173.

²⁹ *Ibidem*, p. 154.

cristianismo³⁰. Lo que resulta interesante es que Lynch, a diferencia de Strauss, llega a esta conclusión a partir de una detallada lectura de *Del arte de la guerra*. Su interpretación parte de la identificación de una divergencia entre el orden de discusión de temas propuesto por Fabrizio al comienzo del diálogo y el orden que efectivamente es seguido en el curso de la conversación. Al comienzo del diálogo, como ya vimos, Fabrizio enuncia los temas principales que habrá de tratar a lo largo de su discusión: “es imprescindible reclutar hombres, armarlos, encuadrarlos, instruirlos individualmente, adiestrarlos colectivamente, acuartelarlos y enfrentarlos con el enemigo, ofensiva y defensivamente”³¹. Para Lynch, lo anterior no es una simple enumeración de los temas a tratar. Lo que propone Fabrizio aquí es un orden, una secuencia de temas a ser discutidos.

De acuerdo con este orden propuesto, primero se habría de discutir acerca del reclutamiento de soldados, luego de cómo armarlos y adiestrarlos individual y colectivamente y, por último, se discutirían las cuestiones sobre el acampamento seguidas de las del enfrentamiento con el enemigo. Esta secuencia de temas, sin embargo, es eventualmente abandonada por Fabrizio en el curso de su exposición. La discusión sobre la organización de los campamentos es dejada para el final. Este tema será tratado solo después de haber sido debatido el modo en que un ejército debe prepararse para batallar mientras marcha. Por otro lado, mientras que en el orden originalmente propuesto hay un entrenamiento colectivo seguido de las disposiciones sobre el acampamento que preceden a aquellas sobre el enfrentamiento con el enemigo, en el orden que la conversación sigue efectivamente hay dos clases de entrenamiento en grandes órdenes, uno para el enfrentamiento mientras el ejército se encuentra en marcha y otro para cuando no se encuentra en movimiento.

Para Lynch, todos estos cambios están lejos de ser algo trivial. Por el contrario, este nuevo orden tiene implicaciones importantes para la interpretación del libro. Esto por dos razones. La primera es el motivo que habría forzado a Fabrizio a reestructurar el orden de su discurso. Este cambio se debe a una intervención de Cosimo, que cuestiona el que los ejércitos romanos hayan tenido éxito en conquistar el mundo entero, como habría sido sugerido antes por Fabrizio. A diferencia de lo que afirmaba Fabrizio antes de esta intervención, ahora leemos que el ejército romano se vio obligado por grandes derrotas militares a detener sus conquistas inmediatamente después de haber penetrado en Asia. Para Lynch, el nuevo orden del discurso reflejaría por lo tanto el intento por parte de Fabrizio de resolver las inadecuaciones que impidieron a Roma conquistar Asia. Fabrizio buscaría a través de éste dar forma a un ordenamiento que sería militarmente más adecuado para enfrentarse a las fuerzas ubicadas en el Este.

El orden cristiano, añade Lynch a este primer punto, constituiría la versión moderna de estas fuerzas del Este.

En este sentido, cabe señalar que en el mismo libro en el que se inicia la modificación del orden del discurso se encuentra una fuerte crítica a la religión cristiana, a la que se culpa por obstaculizar la recuperación de las virtudes militares de los romanos. Aparte de la dificultad que conlleva la recuperación de los procedimientos antiguos, señala Fabrizio, “la forma de vida actual, reflejo de la ética cristiana, no demanda sistemas similares defensivos a los de la antigüedad”³². Al haber convertido la derrota militar en algo mucho menos temido por los ejércitos vencidos, el cristianismo hizo que los hombres “se resistan a soportar la dureza de la disciplina militar”³³. Para esta segunda hipótesis, resulta crucial la distinción hecha por Fabrizio entre ejércitos visibles e invisibles. Para Lynch, esta diferencia proporciona la clave interpretativa que da sentido a la estructura argumental del libro, así como a sus desviaciones estratégicas.

Esta distinción no sería en ninguna parte del diálogo más relevante que en la discusión acerca de la orientación del ejército en el campamento. Interesantemente, es también respecto del ordenamiento del ejército que Fabrizio se separa de manera más explícita de sus fuentes precristianas. En efecto, tras señalar su “abierto inclinación hacia todo lo romano”, Fabrizio introduce sin embargo la necesidad de adaptar sus métodos de acampamento a las “necesidades de nuestro tiempo”³⁴. Fabrizio luego sostiene que

por razones de seguridad y porque así lo hacían los romanos, interesa separar los alejamientos del personal batiente de los del desarmado, así como los del personal discapacitado de los del hábil. La mayoría de las tiendas de los combatientes hábiles ocuparán la zona oriental del campamento, y las de los no combatientes y discapacitados, la occidental. La primera de ellas constituirá la vanguardia o frente del campamento y la segunda, la retaguardia³⁵.

Un poco más adelante, Fabrizio caracteriza al campamento como una “ciudad móvil”, cuyo “trazado, calles y casas deben ser siempre similares donde quiera que estemos”³⁶. Para Lynch, la instrucción de que el ejército debe tomar siempre la misma forma, sea cual sea el terreno en el que se encuentre, sumado a lo señalado acerca de la ubicación oriental de los mejores combatientes, es indicación de una cuestión crucial, esto es, que “el enemigo se encuentra en el Este *in perpetuo* y que su ejército seguirá marchando en esa dirección, quizás indefinidamente”³⁷. El ejército de Fabrizio, afirma Lynch, se encuentra orientado hacia “la misma dirección que se orientaban las iglesias europeas de su tiempo”, de lo que habría que concluir que “se dirigen hacia allá por

³² *Ibidem*, VI, p. 173.

³³ *Ibidem*, VI, p. 174. “[Entonces] los países eran arrasados, y sus habitantes, tras requisarles sus bienes, dispersados por todo el orbe. Aquella terrible forma de guerrear, que sumía al vencido en la más profunda miseria, hacía que todos se preparasen para combatir y que los países honraran a los soldados distinguidos. Pero ahora repugnan esos procedimientos [...]. Tampoco los países son asolados, aunque hayan protagonizado mil rebeliones”. *Ibidem*, VI, pp. 173-174.

³⁴ *Ibidem*, VI, p. 242.

³⁵ *Ibidem*, VI, p. 243-244.

³⁶ *Ibidem*, VI, p. 251.

³⁷ C. Lynch, *op. cit.*, p. 421.

³⁰ C. Lynch, “The ordine nuovo of Machiavelli’s *Arte della guerra*: Reforming ancient matter”, *History of Political Thought*, 31, 3, 2010, pp. 407-425.

³¹ N. Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, *op. cit.*, I, p. 117.

la misma razón”, a saber, porque “el hogar simbólico del Dios invisible y temido se encuentra en Oriente”³⁸.

Resumiendo, contrariamente a lo que aparenta, *Del arte de la guerra* expresa un orden cuidadosamente estructurado, cuyo principio ordenador sería la distinción entre enemigos visibles e invisibles. El enemigo invisible contra el que Maquiavelo busca preparar a su ejército no es otro que el invisible pero muy temido Dios bíblico. Similarmente a Strauss, Lynch argumenta que el énfasis de Fabrizio en el enfrentamiento contra un enemigo invisible sugiere que Maquiavelo concebía su actividad literaria como una guerra intelectual contra el orden cristiano. Una guerra en la que Maquiavelo asume el rol de capitán de un ejército compuesto por sus jóvenes lectores y en marcha indefinida hacia el Este, el hogar del Dios de la Biblia.

Las milicias maquiavelianas y la fortuna

Para Hannah Pitkin, en *Del arte de la guerra* el enemigo no es visible porque la naturaleza excesivamente técnica de la discusión lo ha convertido en una mera ficción, un producto de la imaginación de Fabrizio³⁹. En *Del arte de la guerra*, sostiene esta autora, Maquiavelo trata los accidentes y los hechos impredecibles y sangrientos asociados a la guerra como cuestiones que pueden ser resueltas racionalmente. Cuando se leen las detalladas descripciones que Fabrizio hace sobre distintos aspectos del ordenamiento militar, llega a sostener Pitkin, es como si Maquiavelo estuviera diciendo que “si tan solo nuestros generales hubieran diseñado las calles de sus campamentos del ancho preciso y en ángulo recto entre una y otra, los italianos no habríamos sido invadidos y saqueados”⁴⁰. El éxito militar llega por lo tanto a depender menos de la iniciativa y virtud de los soldados que de la solución a un problema intelectual. Maquiavelo se convertiría al platonismo en este diálogo.

Esta subordinación de los hechos de la guerra a la planeación detallada de todos sus instantes tiene uno de sus momentos más destacados en el relato que ofrece Fabrizio a sus interlocutores de una batalla imaginaria. Esta batalla “en el discurso” se encuentra en el tercer libro, después de haberse discutido ya los diferentes órdenes de combate y los procesos de despliegue de los batallones. El propósito detrás de este relato, aparentemente, es el de introducir un mayor grado de realismo al diálogo, al incluir escenas de una conflagración entre ejércitos enemigos. El efecto que produce en los lectores, sin embargo, es más bien el opuesto, sugiere Pitkin. Y es que en este enfrentamiento el ejército vencedor se impone sin sufrir apenas bajas: “su artillería ha disparado, pero los proyectiles sobrevuelan las cabezas de nuestra infantería sin causar bajas”⁴¹. No hay tampoco en la narración sangre, polvo, ni siquiera ruido. Observen, pide Fabrizio a sus interlocutores, “cuán eficaz y

silenciosamente se ha contenido el ataque enemigo, y que solo resuenan las órdenes impartidas por el capitán general para que la caballería pesada mantenga su posición”⁴². Finalmente, todo se resuelve demasiado rápidamente, sin siquiera la necesidad de que interviniesen todas las tropas: “no ha sido necesario echar mano del segundo ni del tercer escalón, y todo se ha resuelto con la intervención del primero”⁴³.

La eficacia de la organización, la precisión de sus movimientos y la correcta planeación del ataque terminan así eliminando cualquier aspecto “real” de la batalla. La racionalidad del organizador suple casi por completo la actividad de los soldados sobre el campo de batalla. *Del arte de la guerra*, afirma Pitkin, representa la fantasía de la perfecta disciplina militar. En este sentido, el diálogo puede leerse como el desarrollo al extremo del argumento acerca de la primacía del orden sobre el furor en un ejército bien ordenado. En un ejército que está bien organizado, escribe Maquiavelo en los *Discursos*, “nadie debe hacer nada sin tener orden de hacerlo”⁴⁴. El *Del arte de la guerra*, concluye Pitkin de lo anterior, se distingue de otros textos del florentino porque en éste el “racionalismo técnico” predomina sobre otras tendencias de su pensamiento. El excesivo intelectualismo del diálogo conduciría de modo paradójico a la negación de la fortuna y del conflicto, conceptos centrales dentro del léxico maquiaveliano. El Maquiavelo “que en los *Discursos* celebra el disenso entre el pueblo y los nobles se encuentra por completo ausente en esta otra obra”⁴⁵.

Todo esto convierte a *Del arte de la guerra* en un libro incierto, ambivalente, observa nuestra autora. Por un lado, su mensaje sustantivo pretende ser republicano, militante, activista. La forma en que este mensaje es transmitido, sin embargo, termina contrariando completamente este objetivo. Las cuestiones de la guerra son discutidas de una forma estilizada al extremo, al punto de ofrecer la visión de un panorama idílico, “libre de todo conflicto y constantemente sugiriendo la jerarquía, autoridad, disciplina y abnegación”⁴⁶ como los aspectos centrales de la guerra –y de la política.

Una muestra de lo último se halla, subraya nuestra autora, en la discusión sobre los castigos que tiene lugar en el libro sexto. Ahí, Fabrizio se refiere a la importancia de que la ejecución de los castigos corresponda a todos los miembros del ejército. Todos los soldados debían de participar en el castigo de las cosas que ponen en riesgo a un ejército. “Esa forma de castigar –dice Fabrizio– tiene la doble ventaja de hacer prevalecer la justicia y de sofocar los disturbios”⁴⁷. Fabrizio, señala Pitkin, llega incluso a comparar estos métodos con las “acusaciones”, institución política de la Roma antigua a la que Maquiavelo dedica un capítulo entero de los *Discursos*.

⁴² *Ibidem*, III, p. 188.

⁴³ *Idem*.

⁴⁴ N. Maquiavelo, *Discursos*, *op. cit.*, III, 36, p. 421. El pasaje continúa del siguiente modo: “y por eso vemos que en el ejército romano, del cual, después que hubo vencido al mundo, tomaron ejemplo todos los demás, no se comía, no se dormía, no se tenía acceso a las meretrices si no era por orden del cónsul”.

⁴⁵ H. Pitkin, *op. cit.*, p. 70.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 68.

⁴⁷ N. Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, *op. cit.*, VI, p. 255.

³⁸ *Idem*.

³⁹ H. Pitkin, *Fortune is a woman: gender and politics in the thought of Niccolò Machiavelli*, Chicago, The University of Chicago Press, 1999.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 71-72.

⁴¹ N. Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, *op. cit.*, III, p. 187.

Pero mientras que en Roma las acusaciones tenían por propósito algo más que el mero castigo contra los transgresores, pues, según Maquiavelo, ofrecían “un camino para desfogar los humores que, de un modo u otro, crecen en las repúblicas contra tal o cual ciudadano”⁴⁸; en *Del arte de la guerra* Fabrizio concibe los castigos colectivos en términos puramente disciplinadores.

Por ello, la participación del colectivo se encuentra limitada a la ejecución del castigo, mientras en Roma, al ser expresión del conflicto social, los muchos podían también iniciar una acusación y juzgar las controversias⁴⁹. En *Del arte de la guerra*, señala Pitkin, los soldados “no ejercen en absoluto ninguna iniciativa o juicio independiente”⁵⁰. Por el contrario, se ven obligados a ejecutar el juicio realizado por su comandante. El racionalismo extremo del libro desembocaría, por lo tanto, según esta interpretación, en el gobierno del uno, a cuyo juicio deben someterse los muchos. Toda imprevisibilidad, todo potencial conflicto entre pasiones ha sido desplazado por la total subordinación de los ciudadanos al “organizador” militar. Contrariamente a Pitkin, Spackman sostiene que el tema principal en *Del arte de la guerra* es justamente el de lo imprevisible, los accidentes cuya ocurrencia no se puede anticipar⁵¹. Para esta autora, el enemigo no es visible, no se conoce con certeza su paradero no a causa de que la racionalidad técnica del diálogo lo haya terminado borrando, como sostiene Pitkin, sino porque los accidentes permanecen ocultos a la mirada hasta que ocurren. No es que haya ocasiones en que el enemigo se sustrae a nuestra vista. Más bien, el enemigo es lo que no aparece directamente ante nuestros ojos; es lo afuera de nuestro campo de visión, es lo que no se puede prever, en otras palabras, la *fortuna*.

Subrayando la naturaleza retórica del texto de Maquiavelo, y de la guerra en general, Spackman argumenta que la cualidad más importante de un buen general no es la racionalidad, su supuesta capacidad para anticipar intelectualmente cada evento dentro del campo de batalla. Los accidentes y las circunstancias impredecibles son hechos que no pueden ser erradicados mediante la planeación, por más detallada que esta sea. Lo que es necesario es que esos accidentes sean reinterpretados, ya sea para desmentirlos o para disimularlos, como nos recuerda hicieron, según Fabrizio, los generales romanos Tulio Ostilio y Lucio Silva. El primero, relata Fabrizio, “al observar el impacto negativo provocado por la desertión de una importante fracción de su ejército, se apresuró a hacer circular el bulo de que actuaba cumpliendo órdenes, lo cual animó al resto a continuar la lucha hasta alcanzar la victoria”⁵². Lucio Sila, por su parte, “cuando su ejército se vino abajo al contemplar la matanza de un grupo de soldados enviados por él a cumplir una peligro-

sa misión, encubrió el desastre tachándoles de traidores e insinuando que había permitido que cayesen en manos del enemigo para castigar su infidelidad”⁵³.

Esta reinterpretación de los hechos de una batalla no es diferente de la reinterpretación de las señales y augurios que Maquiavelo ejemplifica a través del cónsul romano Papirio en los *Discursos*. Cuando los auspicios dados por los pullarii, que adivinaban por la forma en que comían los pollos, contradijeron lo que él consideraba que debía hacerse, Papirio los reinterpretó de modo que se acomodaran a sus designios⁵⁴. De este modo, “sabiendo acomodar prudentemente los augurios a sus designios, tomó el partido de luchar, sin que el ejército pudiera pensar en absoluto que el cónsul había descuidado las reglas de la religión”⁵⁵. Un general, concluye Spackman de lo anterior, “no sólo debe ordenar sus tropas en el campo de batalla, también debe ordenar los significados en el campo semántico”⁵⁶. Si bien es imposible prever la ocurrencia de accidentes, si resulta posible ofrecer, tanto a amigos como a enemigos, la *apariencia* de una previsión total.

Si las contingencias y los accidentes, es decir, la *fortuna*, son el enemigo del comandante militar, para Maquiavelo el “arte de la guerra no trata de otra cosa que de lo imprevisible y de las acciones a realizar para interpretar lo imprevisible como siempre previsto”⁵⁷. Dicho de otro modo, el arte de la guerra consiste en resignificar o transformar lo invisible en visible, el afuera en algo interno al discurso del organizador militar. Solo tiene éxito aquél que logra convencer a sus soldados, tanto como a sus enemigos, de que todo lo que sucede en el campo de batalla fue previsto por él, sin importar que este no sea el caso.

Las milicias maquiavelianas contra los *grandi*

Finalmente, en este apartado me refiero a lo que aquí llamo la interpretación “populista” del problema del enemigo en *Del arte de la guerra*. De las tres interpretaciones que aquí trato esta última es, sin duda, la más explícitamente política. Es precisamente su intención de ofrecer una lectura “política” del diálogo lo que constituye tal vez el principal punto en común de las lecturas ofrecidas por Filippo del Lucchese, Timothy Lukes e Yves Winter⁵⁸. Rechazando de modo abierto las inter-

⁴⁸ N. Maquiavelo, *Discursos*, op. cit., I, 7, p. 52.

⁴⁹ “A los que han sido colocados como guardianes de la libertad en una ciudad, no se les puede dar una autoridad más útil y necesaria que la de poder acusar a los ciudadanos ante el pueblo o ante cualquier magistrado o consejo si atentasen en algo contra la libertad pública”. *Ibidem*, I, 7, p. 52.

⁵⁰ H. Pitkin, op. cit., p. 70.

⁵¹ B. Spackman, “Politics on the Warpath: Machiavelli’s Art of War”, en *Machiavelli and the Discourse of Literature*, A. Russell y V. Kahn (eds.), Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1993, pp. 179-93.

⁵² N. Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, op. cit., IV, p. 211.

⁵³ *Idem*.

⁵⁴ “Entre otros adivinos, había en los ejércitos una clase de augures llamados pullari, y cada vez que se disponían a entablar combate con el enemigo, querían que los pullari hiciesen sus auspicios [...]. No obstante, cuando la razón les mostraba que debía hacerse una cosa, aunque los auspicios fuesen adversos, la hacían; pero dándole la vuelta con tantos términos y modos, que no pareciese que se hacía despreciando la religión. Éste fue el modo de proceder del cónsul Papirio, en una importantísima batalla que tuvo contra los samnitas”. Maquiavelo, *Discursos*, op. cit., I, 14, p. 78. Acerca de este pasaje, cf. J. Najemy, “Papirius and the Chickens, or Machiavelli on the Necessity of Interpreting Religion”, *Journal of the History of Ideas*, 60, 4, 1999, pp. 659-681.

⁵⁵ *Ibidem*, I, 14, p. 79.

⁵⁶ B. Spackman, op. cit., p. 187.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 188.

⁵⁸ F. Del Lucchese, *The Political Philosophy of Niccolò Machiavelli*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2015; T. Lukes, “Martial-

pretaciones del diálogo realizadas en clave técnica o espiritual, estos tres autores comparten la opinión de que *Del arte de la guerra* es un libro eminentemente político, donde Maquiavelo da continuidad al proyecto de redefinir las fronteras entre guerra y política. *Del arte de la guerra*, sostiene Del Lucchese en este sentido, debe leerse como “una continuación apasionada y reflexiva de su empresa intelectual iniciada con *El Príncipe*, así como un intento original de proponer una intervención directa en la situación de su tiempo, conectando consideraciones militares y políticas”⁵⁹. Así interpretado, el libro conforma, obviamente junto a *El Príncipe* y los *Discursos*, una trilogía sobre las cuestiones políticas.

Más allá de sus diferencias específicas, las lecturas de estos tres autores arrancan desde la misma interrogante: ¿a quién se debe armar? El carácter populista de sus interpretaciones radica en que la composición popular del ejército que es propuesta en el libro tendría para todos estos intérpretes alcances que van más allá de la polémica contra las armas mercenarias. Como afirma Winter enfáticamente, el proyecto de crear una milicia popular que imitase el modelo romano se encauzaba no sólo hacia la cuestión del ataque y la defensa respecto de enemigos exteriores, sino que buscaba “movilizar a la plebe en tanto fuerza política”⁶⁰. Como antes argumentara Antonio Gramsci lúcidamente, este objetivo general explicaría muchas de las “curiosidades” del diálogo, como su teoría de la falange o el privilegio que el florentino otorga a las infanterías sobre la artillería⁶¹. Estas rarezas o “errores” de carácter militar se explican, según el marxista italiano, por el hecho de que “el centro de su interés y de su pensamiento no es la cuestión técnico-militar, sino que trata de ella únicamente en la medida en que es necesario para su construcción política”⁶². Otra de estas curiosidades, igualmente destacada por todos los intérpretes políticos del diálogo, es la preferencia de Fabrizio por la infantería sobre la caballería, algo que era contrario a las convenciones de la época⁶³.

En el libro segundo, en efecto, le es concedida a la caballería un rol meramente secundario. La infantería, no la caballería, opina Fabrizio, “constituye el alma y la médula de los ejércitos”⁶⁴. Del Lucchese explica esta preferencia señalando que la infantería y la caballería deben considerarse no solo como partes complementa-

rias de un mismo ejército sino “como expresión de principios políticos diferentes, en la medida en que están constituidos por individuos de muy diversa procedencia social”⁶⁵. Mientras que solo quienes contaban con una riqueza considerable podían formar parte del cuerpo de caballería, la infantería estaba conformada más naturalmente por los estratos medios y bajos de la sociedad. Por lo anterior, para Del Lucchese no son razones técnicas o militares las que llevan a Maquiavelo a preferir un cuerpo militar conformado por los ciudadanos más pobres. Detrás de esta preferencia subyace una declaración política. “La primacía del pueblo sobre los grandes”, escribe este autor, “debiera reconocerse como el rasgo principal del proyecto [político y militar] de Maquiavelo”⁶⁶.

Acerca de este mismo punto, Lukes subraya el que Fabrizio no se detenga a explicar las desventajas estratégicas que se seguirían de priorizar la caballería sobre la infantería. Para Lukes, esto significa que Maquiavelo en realidad “no está tan interesado en lo que hace la caballería como en el tipo de individuos que la componen”⁶⁷. El verdadero objeto de su desconfianza, sospecha Lukes, es la clase social de la que provienen sus miembros. En esta misma línea, afirma en cambio que “el respaldo a la infantería es un respaldo del pueblo y de los humores que éste representa”⁶⁸. La referencia a los humores del *popolo* es aquí una clara alusión al capítulo 9 de *El Príncipe*, donde Maquiavelo escribe que “en todas las ciudades existen estos dos tipos de humores [*umori*]; que nacen del hecho de que el pueblo no quiere ser gobernado ni oprimido por los grandes y en cambio los grandes desean dominar y oprimir al pueblo”⁶⁹. Idea que también expresa al comienzo de los *Discursos*: “en toda república hay dos espíritus contrapuestos [*due umori diversi*]: el de los grandes y el del pueblo, y todas las leyes que se hacen en pro de la libertad nacen de la desunión entre ambos”⁷⁰. La observación de que la infantería es el “alma” del ejército, sostiene Lukes, debiera ser interpretada a la luz a de este par de pasajes. Leído desde esta perspectiva, dicha posición expresa un “respaldo a la influencia popular en los asuntos civiles”⁷¹. Winter expresa este punto en términos todavía más radicales. Dado que el pueblo desea ante todo no ser oprimido por los grandes, escribe, “bien puede empuñar sus armas para tal propósito”⁷².

Aquí cabe recordar el contraste que Maquiavelo establece en los *Discursos* entre la “tumultuosa” Roma y las repúblicas “tranquilas” de Esparta y Venecia⁷³. La mayor conflictividad de Roma, en contraste con Esparta y Venecia, está para Maquiavelo fuertemente relacionada con las diferencias entre sus órdenes militares. Maquiavelo sostiene en este sentido que si los legisladores

ing Machiavelli: Reassessing the military reflections”, *The Journal of Politics*, 66, 4, 2004, pp. 1089-1108; Y. Winter, “The Prince and His Art of War: Machiavelli’s Military Populism”, *Social Research*, 81, 1, 2014, pp. 165-191.

⁵⁹ F. Del Lucchese, *op. cit.*, p. 106.

⁶⁰ Y. Winter, *op. cit.*, p. 166.

⁶¹ A. Gramsci, *La política y el estado moderno*, Barcelona, Diario Público, 2009.

⁶² *Ibidem*, p. 92.

⁶³ “[L]a monarquía o república que continúe apreciando más la caballería que la infantería decaerá y correrá grandes riesgos, tal como ha sucedido con las italianas en nuestra época, que han sido saqueadas, arruinadas e invadidas por ejércitos extranjeros, desmedida expiación del error de haber menospreciado las tropas de a pie y confiado excesivamente en las montadas”. N. Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, *op. cit.*, II, p. 142.

⁶⁴ N. Maquiavelo, *Del arte*, *op. cit.*, II, p. 175. Este mismo juicio se encuentra también en los *Discursos*: “Esto no quiere decir que los caballos no sean necesarios en los ejércitos [...]; pero el fundamento y nervio del ejército, y lo que debe ser más estimado, es la infantería”. Maquiavelo, *Discursos*, *op. cit.*, II, 18, p. 250.

⁶⁵ F. Del Lucchese, *op. cit.*, p. 109.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 112.

⁶⁷ T. Lukes, *op. cit.*, p. 1099.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 1105.

⁶⁹ N. Maquiavelo, *El Príncipe*, *op. cit.*, 9, p. 38.

⁷⁰ N. Maquiavelo, *Discursos*, *op. cit.*, I, 4, p. 42.

⁷¹ T. Lukes, *op. cit.*, p. 1090.

⁷² Y. Winter, *op. cit.*, p. 181.

⁷³ Sobre el republicanismo “tumultuoso” que Maquiavelo defiende en los *Discursos*, cf. G. Pedullà, *Machiavelli in Tumult: The Discourses on Livy and the Origins of Political Conflictualism*, Cambridge University Press, 2018.

de Roma hubiesen querido que ésta evitase las “controversias” entre el pueblo y la nobleza, “hubiesen debido no recurrir a la plebe en caso de guerra”⁷⁴. Y es que al armarla se fortaleció a la plebe domésticamente⁷⁵. Esta decisión le “proporcionó fuerza y aumento”, así como una mayor capacidad para “alterar el orden público”⁷⁶. Algo que Maquiavelo no juzgaba negativamente, puesto que veía en esta capacidad el origen de instituciones como la de los tribunos, que además “de dar su parte al pueblo en la administración, se constituyeron en guardianes de la libertad romana”⁷⁷. Por lo tanto, concluye Maquiavelo, “si quieres un pueblo numeroso y armado [*popolo numeroso ed armato*] para poder construir un gran imperio, será de tal calidad que luego no lo podrás manejar a tu antojo”⁷⁸.

Para Winter, el proyecto político de *Del arte de la guerra* sigue estas mismas líneas. Así como la plebe romana utilizó sus armas en su lucha por instituciones políticas como la del tribunado, “los soldados-súbditos de la Italia renacentista pueden usar las suyas para exigir la ciudadanía y/o establecer instituciones que los protejan de la opresión del patriciado”⁷⁹. Muy sugerentemente, en *Del arte de la guerra* el florentino incluye una referencia a la resistencia aristocrática al proyecto de una milicia popular que fuera empujado por él mismo durante su etapa como canciller de Florencia⁸⁰. Maquiavelo pone en boca de Cósimo esta preocupación cuando éste hace referencia al parecido de la Ordenanza militar de Florencia con lo que propone Fabrizio en el diálogo. Da la sensación, le expresa Cósimo a Fabrizio, “que te gustaría disponer de una ordenanza similar a la que tuvimos en Florencia. [...] ¿Es que te gustaba nuestra ordenanza?”⁸¹. Cuando Fabrizio reacciona defendiendo dicho proyecto⁸², Cósimo procede de inmediato a mencionar las diferentes críticas que tal ordenanza recibió entre sus conciudadanos. Muchas de ellas apuntaban a su ineficacia y a la inexperiencia de los milicianos, pero otras tenían un carácter más bien político. Dice Cósimo: “otros auguraban que quien la tuviese [a la milicia] bajo su mando podría tiranizarnos con facilidad, y recordaban que los romanos perdieron sus libertades por culpa de su ejército”⁸³.

Cósimo daba así expresión a un temor bastante extendido entre las elites florentinas, que veían con muy

malos ojos el empoderamiento popular que implicaba el proyecto de una milicia conformada principalmente por ciudadanos y súbditos. Por razones de espacio no es posible extenderme sobre este punto⁸⁴. Basta con señalar, sin embargo, para concluir, que los efectos políticos del proyecto de una milicia popular eran algo evidente para los contemporáneos de Maquiavelo. En el contexto político y social de Florencia, no podía escapar a las elites florentinas que organizar militarmente a los súbditos implicaba empoderarlos políticamente. Esto es algo que por lo demás expresa Fabrizio de la manera más directa posible, “el rico desarmado es la recompensa del soldado pobre”⁸⁵.

Conclusiones

En este ensayo he propuesto que la pregunta por el enemigo permite estructurar una aproximación sistemática al contenido de *Dell'arte della guerra*, así como a distintas interpretaciones contemporáneas sobre este diálogo. Para Maquiavelo, ¿a quién hay que combatir, o de quién hay que defenderse? Dentro de la literatura secundaria, señalé, es posible identificar tres tipos de respuestas a esta interrogante. Según estas tres diferentes interpretaciones el enemigo de las milicias maquiavelianas es el cristianismo, los accidentes (la *fortuna*) o los *grandi*. En el artículo no me decanto por ninguna de estas interpretaciones puesto que el objetivo de este escrito no es el de mostrar cuál de ellas posee mayor apoyo textual. Considero, de hecho, que todas ellas son consistentes con diferentes aspectos del pensamiento político de Maquiavelo. Lo que he querido mostrar, entre otras cosas, es que la pregunta por el enemigo ofrece una perspectiva desde la cual se puede echar luz a elementos centrales del proyecto político y filosófico del secretario florentino.

Es por ello por lo que comencé exponiendo la interpretación de Leo Strauss, quien argumenta que el proyecto filosófico de Maquiavelo se puede describir en los términos de una guerra. Una guerra espiritual que tendría como enemigo no a un ejército visible sino a un determinado orden, el cristianismo. En esta misma línea, Lynch ve en el orden cristiano la versión moderna de las fuerzas del Este que lograron imponerse a los ejércitos romanos y contra las cuales Maquiavelo busca organizar a sus jóvenes lectores. Para Pitkin y Spackman, por su parte, el enemigo invisible en *Del arte de la guerra* es lo impredecible, los accidentes que no se pueden prever, es decir, la *fortuna*. Pero mientras que Pitkin sostiene que el racionalismo técnico del diálogo consigue derrotar a la *fortuna*, Spackman argumenta que lo único que puede hacerse es inscribir a los accidentes dentro de un orden discursivo que los haga aparecer como siempre previstos.

⁷⁴ N. Maquiavelo, *Discursos*, op. cit., I, 6, p. 49.

⁷⁵ En un texto reciente, Thomas Berns denomina política de la “porosidad” a esta relación fundamental entre el exterior y lo interior en las consideraciones de Maquiavelo sobre la guerra (y la política). Cf. T. Berns, “Politics of Porosity: War and Freedom in Machiavelli’s Discourses”, en D. Pires y A. Santos (eds.), *Machiavelli’s Discourses on Livy: New Readings*, Leiden; Boston, 2021, pp. 249-262. Una posición similar a la de Berns es avanzada en F. Frosini, “Guerra e politica in Machiavelli”, *Tempo da ciência*, 20, 2013, pp. 15-48.

⁷⁶ N. Maquiavelo, *Discursos*, op. cit., I, 6, p. 49.

⁷⁷ *Ibidem*, I, 4, p. 43.

⁷⁸ *Ibidem*, I, 6, p. 49.

⁷⁹ Y. Winter, op. cit., p. 181.

⁸⁰ Sobre este proyecto, véase N. Maquiavelo, “Cuál es el motivo de las Ordenanzas, dónde se encuentra y qué se debe hacer” [La cagione dell’Ordinanza], en *Escritos de Gobierno* (trad. María Teresa Navarro), Madrid, Tecnos, 2013, pp. 164-173.

⁸¹ N. Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, op. cit., I, p. 120.

⁸² “¿No sería más justo achacar los fracasos a vosotros mismos y no a la propia ordenanza?” *Idem*.

⁸³ *Idem*.

⁸⁴ Al respecto, recomiendo la lectura de J. Najemy, “Occupare la tirannide: Machiavelli, the Militia, and Guicciardini’s Accusation of Tyranny”, en *Della tirannia: Machiavelli con Bartolo*, J. Barthes (ed.), Florencia, L.S. Olschki, 2007, pp. 75-108. Cf. también R. Black, “Machiavelli and the Militia: New Thoughts”, *Italian Studies*, 69,1, 2014, pp. 41-50.

⁸⁵ N. Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, op. cit., VII, p. 294.

Por último, Del Lucchese, Lukes y Winter proponen una lectura populista de *Del arte de la guerra* según la cual el enemigo de la milicia ciudadana no es un ejército exterior sino los *grandi*, cuyo deseo es el de oprimir al pueblo. Según esta interpretación, la composición popular del ejército propuesta en el diálogo debe ser leída desde un punto de vista no técnico sino político. El proyecto de crear una milicia popular que siguiera el modelo romano

estaba encauzado no solo a la defensa en contra de enemigos exteriores, sino que buscaba movilizar a los “muchos” en tanto fuerza política. Lo que muestran estas tres diferentes manifestaciones del enemigo dentro de la literatura secundaria es que para Maquiavelo los *inimici* no son necesaria o exclusivamente entidades políticas autónomas. La constitución de una milicia popular que es propuesta por Maquiavelo en el diálogo no puede desconectarse de sus

pretensiones filosóficas más generales, orientadas hacia la derrota de los órdenes antiguos y la instauración, en un nuevo territorio, de *nuovi ordini* políticos.

Bibliografía

- Berns, T., “Politics of Porosity: War and Freedom in Machiavelli’s *Discourses*”, en D. Pires y A. Santos (eds.), *Machiavelli’s Discourses on Livy: New Readings*, Leiden; Boston, 2021, pp. 249-262.
- Black, R., “Machiavelli and the militia: New thoughts”, *Italian Studies*, 69, 1, 2014, pp. 41-50.
- Colish, M., “Machiavelli’s *Art of War*: A reconsideration”, *Renaissance Quarterly*, 51, 4, 1998.
- Del Lucchese, F., *The political philosophy of Niccolò Machiavelli*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2015.
- Frosini, F., et. al., “La guerra entre política, ética y arte militar en Maquiavelo”, *Las Torres de Lucca: Revista Internacional de Filosofía Política*, 11, 2, 2022, pp. 219-322.
- , “Guerra e política in Machiavelli”, *Tempo da ciência*, 20, 2013, pp. 15-48.
- Gramsci, A., *La política y el estado moderno*, Barcelona, Diario Público, 2009.
- Lukes, T., “Martialing Machiavelli: Reassessing the military reflections”, *The Journal of Politics*, 66, 4, 2004, pp. 1089-1108.
- Lynch, C., “The «ordine nuovo» of Machiavelli’s *Arte della guerra*: Reforming ancient matter”, *History of Political Thought*, 31, 3, 2010, pp. 407-425.
- Maquiavelo, N., “Cuál es el motivo de las Ordenanzas, dónde se encuentra y qué se debe hacer”, en *Escritos de Gobierno* (trad. María Teresa Navarro), Madrid, Tecnos, 2013, pp. 164-173.
- , *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (trad. Ana Martínez), Madrid, Alianza, 2012.
- , *Del arte de la guerra* (trad. Fernando Puell), Madrid, Minerva/ Biblioteca Nueva, 2009.
- , *El Príncipe* (trad. Helena Puigdomenech), Madrid, Tecnos, 2001.
- Najemy, J., “Occupare la tirannide: Machiavelli, the militia, and Guicciardini’s accusation of tyranny”, en *Della tirannia: Machiavelli con Bartolo*, J. Barthes (ed.), Florencia, L.S. Olschki, 2007, pp. 75-108.
- , “Papius and the chickens, or Machiavelli on the necessity of interpreting religion”, *Journal of the History of Ideas*, 60, 4, 1999, pp. 659-681.
- Pedullà, G., *Machiavelli in tumult: The Discourses on Livy and the origins of political conflictualism*, Cambridge University Press, 2018.
- Pitkin, H., *Fortune is a woman: gender and politics in the thought of Nicollò Machiavelli*, Chicago, The University of Chicago Press, 1999.
- Platón, *La república* (trad. José M. Pabón y Manuel Fernández-Galiano), Madrid, Alianza, 2002.
- Pocock, J., *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos, 2002.
- Spackman, B., “Politics on the warpath: Machiavelli’s *Art of War*”, en *Machiavelli and the Discourse of Literature*, A. Russell y V. Kahn (eds.), Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1993, pp. 179-93.
- Strauss, L., *Thoughts on Machiavelli*. Chicago, University of Chicago Press, 1978.
- Winter, Y., “The Prince and his *Art of War*: Machiavelli’s military populism”, *Social Research*, 81, 1, 2014, pp. 165-191.